

tu más propio remedo acecha.  
 Sólo poseemos nuestras derrotas,  
 el desnudo vértigo que asedia desde el mar o la memoria.  
 Pero también sabes,  
 trilce estremecimiento, húmero ternura y jueves,  
 que un prodigio de raíz a veces nos ahonda y nos disturba  
 y el lenguaje entero inunda el latido y sus vertientes.  
 Entonces, pese a que nos delaten gastados los espejos,  
 como el mar sin memoria,  
 cuando en la página llueve el cuerpo,  
 ubérrimos,  
 en esa otra pasión sobrevivimos.

Sabas Martín

## Memoria de César Vallejo

*Al vallejiano José Manuel Castañón,  
 en su España.*

Veo de nuevo  
 su imagen recobrada  
 en la distancia  
 amarilla del retrato.  
 Allí se sostiene,  
 inalterable,  
 el rostro vigilante,  
 abstraído y solemne:  
 su mirada parece  
 atravesar la vida  
 con un fulgor de acero.

El está ahí:  
 lo percibo en el aire  
 remoto  
 que custodia  
 su soledad en vela,  
 frente a los muros rotos  
 de la casa desierta.

Toco su carne  
en la página escrita  
con la doliente furia  
del viento que sacude  
el polvo de los años  
sobre el paisaje agreste  
e inmóvil de la aldea.

Palpo con mano inhábil  
su cuerpo derribado  
junto al vacío intacto  
de la tarde ciega.  
Y sé que me acompaña  
en el silencio grave  
de las horas mansas,  
alzado en vilo  
hacia el vigor perenne  
de un riguroso  
y demorado duelo  
que batalla en los límites  
de unas aguas profundas.

En la sombra nocturna  
persigo el esplendor  
persuasivo del verso  
que reposa en lo hondo  
del hombre verdadero  
que fue César Vallejo.  
Siento que me toca  
aquel rumor enhiesto  
que desafiaba el mundo  
con una voz plural,  
abastecida y agitada  
por agrias levaduras.

Yo sé que no está aquí  
cercano a la palabra  
que alienta en mi escritura;  
pero insisto en llamarlo  
por encima del tiempo  
en busca de aquel trémulo  
celaje de su pluma.  
Y rozo desde lejos  
la madera clavada  
con clavos de amargura  
que guarda la memoria

del mágico equilibrio  
con que aquel cuerpo magro  
repartió a manos llenas  
la claridad de su universo.

Defino su perfil  
con el liviano acento  
de los atardeceres:  
Pecho de arena y sol,  
flaco de piernas  
de andariega prisa,  
solitario viajero  
sobre el mapa,  
infatigable  
y sin paradas.

Cabeza y corazón  
donde cabían  
el árbol y la piedra,  
el pájaro y la nube,  
el mar y las montañas  
y el cambiante color  
del mundo amanecido  
en los ojos absortos  
de un niño campesino.

De su tránsito  
airado por la vida  
quedó una huella pura  
del quemante brillo  
que domina aún  
el oleaje y la resaca  
de sus días  
inhóspitos y recios.

No pudimos  
cruzarlos en el tiempo;  
mas su sangre  
está viva en la palabra  
que aletea  
con tibio amor  
de savia jardinera,  
más allá del silencio  
lejano que recoge  
la soledad del bronce  
vespertino.

Dios lo guarde  
 en su gloria de poeta  
 por los siglos y siglos  
 que habrán de pasar  
 sobre esta tierra  
 para hacer más vivo  
 y refulgente  
 el metal sustantivo  
 de su verso.

**José Ramón Medina**

**como cuando por sobre el hombre nos llama César Vallejo**

1

trabajó como un loco un poema imparabile  
 tratábase de estipular el vericuetto  
 que rige todo caso flagrante de vida  
 así flores funéreas no encontraban su sitio  
 no había calas en el puerto sin nombre  
 ni espacio o luz en la meseta líquida  
 embaldosada de rezos de besos de huesos  
 podía disentir borrar es verdad  
 tachar es cierto cupieron dudas  
 ir para atrás nadar de espalda  
 en el derretido ande reencontrado  
 o extraerse hacia arriba con ortigas gigantes  
 que sólo de rozar el recuerdo lo ardían  
 era un expreso que paraba en sí mismo  
 su pasaje estaba escrito en lengua punto clave  
 el andén japonés castigado de vientos lagrimales  
 no resultó ser más que un haiku intraducible  
 por saber qué esperaba y lo que obtuvo  
 por decencia piedad vaya a saber la envidia  
 no describiré el espejo sin luna donde aullaba:  
 compañeros! vayamos a comernos juntos todo el hambre!